

Ética de Spinoza: hacia una mayor autonomía del paciente

Spinoza's Ethics: towards a greater patient autonomy

David Díaz del Pino^a

^a Liceo Francés de Madrid, España

Perspectivas

Resumen

Spinoza es el filósofo de la reconciliación del hombre consigo mismo y con lo que le rodea. El autor holandés se sitúa en la tradición de quienes han considerado que la filosofía no ha de ser una doctrina ni un saber desinteresado, sino un modo de vivir, una práctica, y una ética. Como ya ocurriera con Epicuro, su filosofía pretende ser terapéutica y aportar remedios a los males del hombre. Al dolor físico suele unírsele cierta angustia existencial debido a la forma en la que el paciente representa su propio trastorno. Spinoza nos enseña a percibir nuestra enfermedad como una oportunidad para superarnos y realizarnos en la lucha contra aquello que nos debilita. Sus propuestas pueden servir de guía e inspiración a la ética médica contemporánea en la medida en que ayudan al paciente a afrontar su enfermedad con mayor serenidad y lucidez.

Palabras clave: autonomía; paciente; Spinoza; paternalismo; humanidades.

Abstract

Spinoza is the philosopher of men's reconciliation with himself and with his surroundings. The Dutch author is closely aligned with those who have considered that philosophy should be neither a doctrine nor a selfless knowledge, but a way of life, a practice, and an ethic. As was the case with Epicurus, his philosophy intends to be therapeutic and provide remedies for men's evils. Physical pain usually comes along with an existential anguish due to the mental representations of the disorder in patients. Spinoza teaches us to perceive illness as a chance to outdo ourselves and fulfill our potential in the fight against what makes us weak. His suggestions can work as a guide and inspiration for current medical ethics, given that they help patients face their disease with greater serenity and lucidity.

Keywords: autonomy; patient; Spinoza; paternalism; humanities.

La experiencia de la enfermedad

La irrupción de la enfermedad trastoca nuestro ritmo de vida cotidiana. Se trata de un suceso inesperado e inoportuno que nos impone nuevas limitaciones y que en ocasiones hace tambalear nuestros proyectos más queridos. Un desarreglo de nuestro cuerpo nos pone frente a la fragilidad de nuestra condición humana, algo que por lo general eludimos e ignoramos cuando disfrutamos de una buena salud. Ciertamente, todos sabemos que somos mortales, pero la idea de la muerte no deja de ser una abstracción en tanto que la amenaza no se hace tangible y concreta.

Aun cuando la perspectiva de la muerte es lejana, la intensidad del dolor y las molestias físicas pueden hacernos percibir nuestra enfermedad como una injusticia. “¿Por qué yo? o ¿qué he hecho para merecer esto?” son solo algunas de las preguntas con las que el paciente se rebela contra el absurdo que supone para él su nueva situación. Esta tendencia a la culpabilización puede atribuirse a una interpretación del dogma cristiano que considera la enfermedad como un castigo por los errores que se remontan al pecado original. En una perspectiva laica, el enfermo puede culpabilizarse por haber fumado o bebido demasiado, tener una dieta poco saludable, inactividad física, etc. Buscar un sentido a nuestra patología puede incluso convertirse en algo obsesivo, lo que indudablemente acentúa el sufrimiento y el sentimiento de impotencia del enfermo.

El filósofo holandés Baruch Spinoza (1632-1677) murió de una enfermedad de pecho que había soportado durante largos años con entereza de espíritu, si hemos de creer a sus allegados y a sus biógrafos. Su salud nunca fue muy robusta, pues sufrió casi toda su vida de dificultades respiratorias, agravadas por su profesión de pulidor de lentes y el polvo de vidrio producido por sus manipulaciones. Sin embargo, supo adoptar un modo de vida que le permitió compaginar esta ocupación con la redacción de su obra y con las relaciones cordiales que siempre mantuvo con su círculo de amigos. Teniendo esto en cuenta, es relevante preguntarse sobre el origen de esa actitud a la vez valiente y serena del filósofo frente a la enfermedad.

Una ética del deseo ...

Según Spinoza, el ser humano alberga una tendencia natural a la salud y a la vida. El organismo en su totalidad se esfuerza por mantener el cuerpo vivo e incluso por mejorar la relación entre las partes que lo componen. A ese “esfuerzo por perseverar en el ser” Spinoza lo llamó *conatus*, y puede interpretarse como una fuerza vital, una

energía interna que *a priori* nos hace desear lo que más nos conviene para mantenernos vivos y sanos el mayor tiempo posible. Cada uno de nosotros es esencialmente *conatus*, o lo que es lo mismo, apetito o deseo, que es cómo el *conatus* se manifiesta en nosotros.

El *conatus* expresa mucho más que la mera supervivencia, ya que “perseverar en el ser” significa no solo sobrevivir sino también el deseo de realizar nuestro potencial y afirmar nuestra esencia singular. De esta manera, dentro de cada uno de nosotros existe un impulso fortísimo que se esfuerza por conservar la existencia y aumentar nuestro poder, es decir, nuestra potencia de obrar. “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”, solía repetir Spinoza (2018, p. 213). Sus palabras revelan una novedosa reivindicación de los poderes del cuerpo y se refieren a que “dentro del cuerpo hay una potencia considerable, unas potencialidades de movimiento y de acción totalmente desconocidas” (Macherey, 1995, p. 62).

En virtud del *conatus*, toda cosa durará indefinidamente hasta que una causa exterior a ella la destruya. Dicho de otro modo, nada puede ser destruido salvo por una causa externa. Así pues, Spinoza defiende la vida como una fuerza tan poderosa que nunca buscara su autodestrucción, porque eso sería una contradicción. ¿Cómo podría algo destruirse si su esencia consiste justamente en perseverar en el ser? Por consiguiente, nadie muere por un debilitamiento interno. La muerte es el encuentro con una causa externa que nos destruye, es decir, “el tropiezo con alguna de las muchísimas cosas con las que somos incompatibles” como recoge Fernando Savater en su *Diccionario filosófico* (2007, p. 325). Desde el punto de vista de la física, el cuerpo humano es un sistema abierto que intercambia energía y materia con su entorno. Sin embargo, como interacciona y se ve afectado continuamente por otros cuerpos de la naturaleza, es inevitable que tarde o temprano alguno de estos cuerpos le cause una enfermedad, y en última instancia, la muerte.

... y de la alegría

El *conatus* es también esfuerzo por experimentar alegría y encontrar lo que nos causa alegría. Y es que entre las cosas externas con las que necesariamente interaccionamos a lo largo de nuestra vida, algunas convienen a nuestra naturaleza y otras no. Si el encuentro nos conviene, nuestra potencia de obrar se acrecienta, y esto nos produce placer y alegría. Pero si el encuentro no nos conviene (en español llamamos a esto “desencuentro”), nuestra potencia disminuye, por lo que sentimos dolor y tristeza. Así ocurre con la enfermedad,

que necesariamente viene precedida por el encuentro con un cuerpo externo que actúa sobre nosotros y que no nos conviene. Para expulsar ese cuerpo enemigo debemos invertir energía, lo cual repercute en nosotros y es vivido como una disminución de potencia. Es precisamente esta potencia debilitada la que el médico, mediante su arte y su técnica, busca restaurar.

El modelo de crecimiento que plantea Spinoza es alimentario. La alimentación es un encuentro en el que nuestro cuerpo ingiere a otro. Cuando nuestro cuerpo se encuentra con otro, o bien nos sienta bien, o bien nos hace daño. Sabemos que un encuentro es bueno porque nos hace sentir alegres. Por el contrario, cuando encontramos un cuerpo que no nos conviene (como el veneno, que es un caso paradigmático de desencuentro) nos sentimos tristes. Es decir, la alegría y la tristeza son indicadores del tránsito hacia un aumento o disminución de la potencia. ¿Qué es lo bueno? Lo bueno es aquello que nos alegra. ¿Qué es lo malo? Lo malo es aquello que nos entristece. En efecto, la alegría expande y permite el crecimiento y el despliegue de todas nuestras potencialidades. Por lo tanto, si no queremos vivir zarandeados por el azar, tendremos que intentar organizar y seleccionar nuestros encuentros, favorecer aquellos que nos produzcan alegría y alejar, eliminar o transformar aquello que nos cause tristeza.

Curiosamente la alegría ha encontrado muy pocos valedores entre los filósofos. Exceptuando a Demócrito, Epicuro, Nietzsche y Spinoza, el resto la han tenido por un trastorno pueril, algo frívolo, poco profundo. ¿Acaso no explicaba Aristóteles que el genio ha de ser melancólico? (1991, p. 83). En cambio, Spinoza busca la alegría desde el principio de su obra, y podemos decir que es el fundamento de su ética. Define la alegría como el sentimiento que acompaña al paso a una mayor perfección, mientras que la tristeza es el sentimiento del paso a una menor perfección. Por consiguiente, ninguna tristeza es buena, pues es el signo seguro de nuestro paso a una perfección menor. Tanto la alegría como la tristeza son tránsitos y no estados definitivos e irreversibles. De ahí la importancia de la perseverancia y la constancia para conservar, evolucionar y seguir creciendo. En suma, para el autor holandés nada es definitivo, pero todo es conquistable.

La ética spinozista combate la tristeza en todas sus variantes y con todos los medios disponibles (¡incluido el alcohol!). No es necesario alcanzar la felicidad para sentir alegría. Basta con experimentar en sí mismo un progreso, una mejora, por muy pequeña que sea. La práctica de la medicina puede contribuir a restaurar la alegría del

enfermo, es decir, el sentimiento que acompaña el paso a una mayor perfección.

Autonomía vs paternalismo

Una ética médica acorde con los principios de Spinoza se opondrá tajantemente a toda forma de paternalismo. Este es, sin duda, el bacilo de Koch que acecha a la medicina contemporánea y que en última instancia puede suponer la pérdida de la dimensión ética que caracterizaba a la práctica médica en sus orígenes. En esencia, la medicina es una relación entre dos seres humanos adultos, el terapeuta y el enfermo, por lo que este último no debería ser nunca tratado como un niño. Lamentablemente, la consulta moderna tiende a volverse cada vez más técnica, y en el ejercicio de su profesión el médico corre el peligro de vislumbrar solo la enfermedad (con sus síntomas y sus causas) pero no al enfermo.

Ahora bien, un enfoque meramente científico puede degradar al paciente a un mero objeto de estudio dentro de un dispositivo tecnocientífico, lo que indudablemente nos conduce a una cierta deshumanización. Esta deriva explica, en parte, el éxito de las medicinas alternativas y de algunas formas de charlatanismo entre el gran público. Un paciente desolado y desamparado puede dejarse embaucar con falsas promesas, pero lo que agradece sobre todo es el reconocimiento humano que quizás echó de menos en el hospital o en su centro de salud. Lo deseable sería que el facultativo no perdiera de vista la singularidad de la persona que tiene delante, un sujeto con capacidad para comprender su enfermedad y para alcanzar cierto grado de autonomía.

En el campo de la ética médica, la autonomía consiste en ayudar al paciente a asumir un papel proactivo en lo referente a su enfermedad y a los tratamientos que recibe, a fin de que los elija libremente en lugar de someterse a ellos. El enfermo ha de ser informado de las ventajas e inconvenientes de dichos tratamientos, así como de sus posibles riesgos, con vistas a que pueda dar su consentimiento a las prescripciones con pleno conocimiento de causa. Esto es algo que difícilmente podrá llevarse a cabo si la práctica del facultativo no se aleja del paternalismo para enmarcarse en una dimensión más pedagógica, que contribuiría a construir la autonomía del paciente.

Esta autonomía del sujeto es inherente a la ética de Spinoza. En efecto, para el pensador holandés el hombre libre cumple la ley no por miedo al castigo, sino porque conoce "la verdadera razón de las leyes y su necesidad". En este sentido, podemos decir que obedece la ley voluntariamente porque esta es acorde con sus principios, y en el fondo es como si se obedeciera a sí mismo. De

igual modo, el enfermo que comprende el porqué de su tratamiento deja de percibir los consejos de su médico como recomendaciones externas o como imposiciones arbitrarias, ya que el tratamiento lo ha decidido también él libremente.

No basta con informar al enfermo para que este tome la mejor decisión o evite comportamientos contraproducentes. Spinoza cita a menudo *Las metamorfosis* de Ovidio, especialmente el verso “veo lo mejor y lo apruebo, pero hago lo peor” (2001, p. 424). Son las palabras que Medea pronuncia poco antes de matar a sus hijos, e ilustran con gran maestría como un saber demasiado externo puede llevarnos a seguir lo peor, aun reconociendo lo mejor. De esta manera, un aumento del conocimiento teórico no es suficiente para doblegar nuestra conducta. Si fuera así, los fumadores dejarían de fumar una vez que se les hubiera informado de los efectos perjudiciales del tabaco, y en el mundo no habría médicos fumadores, pero todos sabemos que no es así. La adquisición de información solo puede modificar comportamientos si el individuo logra apropiarse los argumentos en favor de la salud y es capaz de producirlos él mismo. Por eso el enfermo no alcanza plena autonomía hasta que no actúa en consonancia consigo mismo y no según indicaciones externas.

El conocimiento como remedio

Para el autor holandés, todo lo que ocurre existe necesariamente y no podría haberse dado de otro modo. El hombre está sometido a las mismas leyes que rigen el resto de la naturaleza, ya que está irremediamente inserto en una trama universal de causas y efectos. Así, el hombre que se dice libre es en realidad víctima de una ilusión, pues aunque es consciente de sus deseos, ignora las causas que le determinan a desear tal o tal cosa.

Todos queremos acrecentar nuestra potencia, pero como Spinoza a menudo advierte, “la fuerza con que el hombre persevera en el ser es limitada, y resulta infinitamente superada por la potencia de las causas exteriores” (2018, p.317). Únicamente estará en condiciones de superar con entereza los sucesos contrarios a su utilidad si asume que su potencia no era lo bastante grande como para evitarlos, y comprende que todo está determinado “con la misma necesidad con que se sigue de la naturaleza del triángulo que sus tres ángulos valen dos rectos” (2018, p. 203).

Si el hombre no puede escapar del determinismo ni de las leyes que rigen la naturaleza, ¿cómo puede darse entonces la libertad humana y la autonomía del sujeto, sin las cuales ninguna ética es posible? Para Spinoza,

el libre albedrío es una ilusión, aunque la libertad no pierde por ello todo su sentido, pues el hombre puede llegar a ser libre mediante el desarrollo de su razón. La libertad consiste entonces en: 1) la aceptación total de la necesidad; 2) la comprensión de las causas que nos determinan; y 3) el conocimiento de los vínculos que nos unen con el resto de la naturaleza. De esta manera, la comprensión libera y la ignorancia mantiene en la servidumbre, y esto es cierto en la medida en que la comprensión genera acción y la ignorancia pasividad.

En efecto, la aceptación de lo necesario no significa resignación. Resignarse es adoptar una actitud pasiva hacia lo desconocido y lo que no se comprende. En cambio, aceptar es adoptar una actitud proactiva, pues la enfermedad ya no se percibe como una injusticia sino como un fenómeno natural derivado de unas causas sobre las que todavía es posible actuar. Dicho de otro modo, los factores externos que me determinan no me afectan de la misma forma cuando los conozco. Así, en lugar de padecer la necesidad natural, la acepto libremente. Llegados a este punto, nada produce indignación porque todo se comprende como necesario, del mismo modo que nadie se queja de que los bebés no hablen ni razonen porque todos comprendemos que está más allá de sus posibilidades.

Hace algunos años tuve ocasión de poner en práctica los principios de Spinoza y aplicarlos a mi propia experiencia personal. Había sido diagnosticado de hipotensión intracraneal, una enfermedad asociada a una baja presión del líquido cefalorraquídeo (LCR), que se debía en mi caso a una fuga de dicho líquido a través de una fisura en la meninge duramadre. En cuanto me levantaba de la cama, sentía un dolor de cabeza terriblemente molesto, que solo mejoraba si volvía a acostarme. Se intentó localizar la fuga del LCR por medio de una resonancia magnética pero la prueba no fue concluyente. Durante un mes y medio tuve que guardar reposo, sin seguir ningún tratamiento específico. Entonces comprendí que solo lograría la ansiada recuperación si abandonaba mis ideas derrotistas e intentaba movilizar mis propios recursos físicos y mentales para hacer frente a la enfermedad. La lectura de Spinoza guio mis pasos: mi *conatus* se hallaba debilitado, pero yo podía reforzarlo, ahora que conocía las causas del dolor y me implicaba activamente en mi propia curación. La tarea era ardua, pero tenía claro que para salir de aquel círculo vicioso había que esforzarse por dejar de lado la melancolía y los miedos, y centrarse en los pensamientos generadores de alegría.

En mi caso, y en el de cualquier enfermo, el miedo y la

ansiedad que a menudo nos abruma se deben en parte a que nos hallamos en contradicción con nosotros mismos y con el resto de la naturaleza, como si nuestro cuerpo estuviera mal conectado con ella. Averiguar las causas de esta mala conexión y comprender que todas las cosas son necesarias puede ayudar al paciente a adquirir poder sobre sus emociones, transmutando su pena en alegría y aumentando su potencia de obrar. Solo entonces estará en condiciones de lanzarse activamente a buscar aquello que le conviene. Se abre ante él la posibilidad de introducir efectos favorables en una cadena causal hasta ahora adversa para él, que es en definitiva lo que persigue el médico con los remedios y tratamientos que le prescribe. En palabras de la estudiosa de Spinoza y su tiempo, Pilar Benito: “el carácter necesario de lo que sucede no nos exime en absoluto de responsabilidad: lo prioritario es labrar encuentros y situaciones que acrecienten nuestro potencial y nuestra alegría” (Benito, 2015, p. 291).

Conclusión

El concepto de autonomía personal se sitúa en el corazón mismo de la filosofía de Spinoza. Su ética implica un rechazo sin paliativos de cualquier forma de paternalismo sobre el paciente. En consonancia con los principios del pensador holandés, el médico debe facilitar la autonomía del enfermo y orientar su reflexión para que viva activamente su enfermedad y la padezca lo menos posible. Es preciso ayudarle tanto a comprender lo que le ocurre como a asumir su nueva condición con una actitud más activa, que le permita afirmar y expresar toda la potencia de la que aún es capaz. Solo así el enfermo podrá conquistar su autonomía y afrontar su situación con mayor valentía y lucidez. La comprensión racional desemboca en una alegría vitalizadora, es decir, una mayor perfección que nos permite gozar de la salud del espíritu a pesar de los pesares. Esta y no otra es la salvación a la que aspira la ética de Spinoza.

Referencias bibliográficas

- Spinoza, B. (2018). *Ética* (3.^a ed.). Madrid: Alianza editorial.
- Benito, P. (2015). *Baruch Spinoza: una nueva ética para la liberación humana* (1.^a ed.). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Savater, F. (2007). *Diccionario filosófico* (1.^a ed.). Barcelona: Ariel.
- Ovidio, N. (2001). *Metamorfosis* (7.^a ed.). Madrid: Cátedra.

Macherey, P. (1995). *Introduction à l'Éthique de Spinoza : la troisième partie, la vie affective* (1.^a ed.). París: Presses Universitaires de France.

Aristóteles. (1991). *L'Homme de génie et la Mélancolie* (5.^a ed.). París: Rivages.